

A QUEMARROPA

www.semananegra.org

GIJÓN, 17 de julio de 2010 • DIARIO DE LA SEMANA NEGRA • DECANO DE LA PRENSA NEGRA EUROPEA • ÉPOCA XXIII • GRATUITO • Nº 9

DE OBLIGADA LECTURA

PREMIOS LITERARIOS EN LA SN



ESPACIO
A QUEMARROPA
Por Miguel Barrero
Página 7

HOY SE REGALA

Se repartirá durante la presentación hoy a las 21:30 horas en la Carpa del Encuentro



Versos EN LA NOCHE

La poesía volvió anoche a erigirse en protagonista absoluta de la Semana Negra con una velada en la que los versos volvieron a inundar la Carpa del Encuentro, en esta ocasión en dos lenguas (castellano y asturiano) y ante un público que, como cada año, volvió a entregarse con nocturnidad y alevosía a la magia de la palabra. El granadino **Luis García Montero** (al que ya conocemos bien por estos pagos), el extremeño **José Luis García Martín**, la entreguina **Vanessa Gutiérrez** y el ovetense **Antón García** leyeron algunos de los poemas más emblemáticos de todos los que han escrito a lo largo de su trayectoria (en castellano los

dos primeros, en asturiano **Gutiérrez y García**) en una actividad que tuvo mucho de homenaje implícito, como siempre, a **Ángel González**, el primero que se atrevió traer la poesía a la SN a altas horas de la madrugada.

Los cuatro poetas combinaron versos de sus últimos libros con la lectura de algún que otro poema de sus primeras etapas, y hasta hubo quien aprovechó para dar a conocer algún inédito. La actividad —que se prolongó durante una hora, aproximadamente— hizo de prólogo perfecto para un fin de semana que ya empieza a saber a despedida.

M. B.



TRES BALAS PARA BORIS

A mediados de esta década, **Milo J. Krmpotic** publicó *Sorbed mi sexo*, una novela de corte experimental que pasó bastante inadvertida para el gran público, aunque sí obtuvo el beneplácito de la crítica. Ahora, casi un lustro después de aquel debut en la literatura para adultos —ya había escrito algunas obras dirigidas al público juvenil— vuelve a las librerías con *Las tres balas de Boris Bardin*, una obra que surgió de la lectura de una noticia en prensa y terminó convirtiéndose en una novela negra con cierto aire vanguardista que, sin embargo, en ningún momento pierde el respeto a las normas más canónicas del género. Acompañado por **Miguel Barrero**, que contó cómo había conocido al autor a través de la red social Facebook y bromeó a cuenta de las afinidades futbolísticas entre ambos (“es del Barça”, dijo el presentador, “lo que ya supone un grado de distinción importante, y además es capaz de repetir de carterilla alineaciones completas del Sporting”), **Krmpotic** explicó que, en su opinión, “el formo determina la forma”, y que fue precisamente la historia que quería contar la que le llevó a elegir la forma de una trama criminal ambientada en la Argentina de los ochenta y estructurada en dos partes que mezcla el *western* con la novela de personajes para conformar un fresco de un país caótico y en una suerte de descomposición permanente, concretado en una época de hiperinflación y picarseca salvaje.

El presentador se refirió a *Las tres balas de Boris Bardin* —a la que calificó como una novela “negra negrísima y tremendamente violenta en alguno de sus pasajes”— recurriendo al símil cinematográfico, definiendo la obra como “una mezcla extraña entre cierto **Tarantino** y el **Coppola** de *El Padrino*”. **Krmpotic** contó cómo llevó a cabo esa deconstrucción del género, del que se definió como “un gran lector”, y detalló cómo fueron surgiendo las relaciones que se establecen en la ficción entre los protagonistas del libro, que en parte están inspirados en su propia familia, que, al igual que la del protagonista del libro, proviene del Cono Sur y tiene sus orígenes en la Europa del Este.

A lo largo de la charla, **Krmpotic** también tuvo tiempo para reflexionar



acerca de la Generación Nocilla y el estado de la narrativa española en nuestros días.

Á. de la C.



LA MUERTE NO ES EL FINAL...

Quizá una de las historias más escalofriantes jamás publicadas en los pulps de fantasía y horror sea “El secreto de la tumba de Elena”. Aparecida en el número de septiembre de “*Fantastic Adventures*”, relata la peripecia de un maduro médico de origen alemán, experto en rayos X, que ejerce en Florida durante los años 30, enamorado de una joven paciente, Elena, gravemente enferma de tuberculosis. A pesar de sus cuidados, Elena fallece y es enterrada en un fastuoso mausoleo, costeado por el propio médico. Sin embargo, este estudioso de la electricidad, fascinado por la vida más allá de la muerte —nos ha conta-

do algunas de sus experiencias con lo sobrenatural—, y, sobre todo, obsesivamente enamorado de “su” Elena, decide robar su cuerpo y llevárselo a casa. Como científico que es, sus descripciones del estado en que se encuentra el cadáver y de sus esfuerzos para restaurarle belleza, forma y apariencia de vida, son realmente de poner los pelos como escarpas. Escondido del mundo, llega incluso a intentar devolver el aliento vital al cuerpo momificado, utilizando ingenios eléctricos de su invención. Naturalmente, alienta en su pasión una atmósfera psicológica completamente necrófila y enfermiza. El doctor habla con ella y cree oír cómo su amada le responde. Toca el órgano, convencido de que puede escuchar sus melodías. La besa, se acuesta a su lado y algunas mañanas le parece que respira. Se sienta rodeado de espíritus y mensajes del otro mundo, mientras lucha utilizando sustancias químicas, desinfectantes, seda empapada en cera, etc., para mantener el aspecto más saludable posible en su “prometida”, amenazada por las bacterias y larvas propias de su estado.

Finalmente, la familia de la fallecida, que nunca simpatizó con la pasión desmedida del doctor por Elena, presta oído a los rumores que rodean al médico, y descubre que el panteón ha sido violado. La policía toma cartas en el asunto y no tarda en detener al médico, quien, separado de su amada, cree enloquecer ante la incompreensión que le rodea. Está seguro de que, de no haber tenido que interrumpir sus experimentos, hubiera conseguido traer a Elena de vuelta a la vida. Gentes de todo Estados Unidos, fascinadas por su romántica pa-

sión amorosa, más allá de la muerte, simpatizan con el científico y le envían su apoyo e incluso dinero. Tras pasar un tiempo en prisión, el extraño doctor es puesto en libertad. Su amor y su trabajo perdidos, decide narrar su historia al mundo... Y eso es todo, amigos. ¿O no? Claro que no. Contada así, no parece gran cosa. Desde un punto de vista literario, tampoco lo es —si bien se trata de una novelita bien construida, de cierta simple y funcional elegancia—, pero lo que la diferencia de otras muchas historias de científicos locos es que, esta vez, es real. El doctor se llama Karl —o Carl— Tanzler von Cosel, nació en 1877, murió en 1952... Y en 1933 robó el cadáver de María Elena Milagro de Hoyos, ocultándolo hasta 1940.

Aunque Cosel no puede ser con toda propiedad considerado un autor pulp, tras ser puesto en libertad el mismo año de 1940, empezó a escribir un relato personal de todo lo ocurrido, que finalmente fue publicado en el citado número de “*Fantastic Adventures*”, gracias, cómo no, al peculiar Ray Palmer —genio freak que descubrió a Richard S. Shaver y a Kenneth Arnold, el hombre que vio el primer platillo volante, publicando también, al parecer, alguna que otra historia en revistas de la época tan peculiares como el “*Rosicrucian Digest*”. Naturalmente, lo que el patético y apasionado Cosel no nos cuenta en su novela es que, para cuando conoció y se enamoró de

Elena, tenía esposa y dos hijas —una de ellas, inquietantemente bautizada Ayesha, vivió hasta 1998—, a quienes había prácticamente abandonado. Lo que sí es cierto, es que Von Cosel y Elena se convirtieron en fenómeno nacional, y el cadáver de la joven tuberculosa, exhibido durante un tiempo, fue visitado por unos 7000 curiosos de todo el país, antes de que fuera enterrado de nuevo en una tumba sin nombre, para evitar tentaciones. Cosel, como se dijo, quedó libre poco después de su detención. Los médicos encargados del caso, tras revisar el cuerpo de Elena, llegaron a la conclusión de que no había existido necrofilia activa... Aunque dos de ellos afirmarían más tarde, en 1972, que se había silenciado el cadáver tenía inserto, en la zona vaginal, un cilindro de cartón para permitir la penetración. ¿Verdad o intento de renovar el morbo por la historia años después? Yo, que creo en la bondad del ser humano, me inclino a pensar lo primero.

Desde luego, Karl von Cosel fue, durante mucho tiempo, el más olvidado de los escritores pulp. Se parecía demasiado a los personajes de los propios pulps, y tiempos menos inocentes no habrían mirado con tanta simpatía a un necrófilo convicto y confeso. La primera vez que oí hablar de él fue en el “*Fortean Times*” británico, hace ya casi diez años, donde no se decía apenas nada de su relato autobiográfico. Desde entonces, han aparecido dos libros sobre el caso, la HBO estrenó en televisión un documental, bandas de rock como Sleep Station o ChansoNoir, le han dedicado canciones... Vista en retrospectiva, la imagen de Von Cosel tocando el órgano junto a su amada muerta, conservada en una cabina de avión transparente, se parece demasiado a la de Vincent Price encarnando al Dr. Phibes, en los geniales filmes de Robert Fuest, como para creer que sea casual del todo.

Cosel falleció en su casa, según la leyenda, abrazando un retrato —otros hablan de algún resto más físico, puagh— de Elena Hoyos, y es hoy nuestra despedida de los olvidados del pulp. Sirve para recordarnos que, en verdad, la muerte no es el final. Solo el olvido lo es. Por eso, no olvidéis que estuvisteis un año más en la Semana Negra, y que... Volverá.

Jesús “no me olvidéis” Palacios.



HEMEROTECA NEGRA

LUIS MIGUEL PIÑERA

Un papelucho, ha publicado, calumniándose de manera grosera, que profiere blasfemias contra las curas y la Religión, y suplica al Alcalde que le imponga un correctivo.

Sepan los hiperitas inspiradores de ese papelucho, que a pesar de vover perdidos como *Los Dominicales*, *El Motín* y otros, jamás ha pronunciado blasfemias y si me ha visto insultado por jóvenes mal educados que frecuentan un centro que se titula católico.

Sepan también que no soy socialista, ni anarquista, como arguye el indicado papel, para asorar la consecuencia de ser blasfemo.

Y supa que jamás por esa ni por otra falta he recibido correctivo alguno de las autoridades.

El único delito que cometa, es ejercer la profesión de vendedor de periódicos de todos colores y opiniones, por lo que algunas veces con gusto que me aplaudieran.

¡Oh, el ejemplo de la caridad cristiana!

Branza.

El popular vendedor de prensa Ángel Ferrn, conocido como Branza.

ASOCIACION SEMANA NEGRA
Presidente: Susana Quirós
Secretaría: Cristina Macía
Tesorero: Ceferino Menéndez
Director SN: Paco Ignacio Taibo II

A QUEMARROPA

Dirección y Diseño: Ángel de la Calle
Subdirector: Miguel Barrero
Redacción: José Enrique Trácanas
 Christian Bartsch
Colaboradores: Julio Murillo
 Jesús Palacios
 Luismi Piñera
Fotografía: José Luis Morilla
 Julia Vicente
Preimpresión: Morilla Fotocomposición
Imprime: La Versal

PALABRAS, GOLPES Y DINAMITA

Sepa usted, amigo lector, que si ayer tuvo la oportunidad de tener un ejemplar de *A Quemarropa* en sus manos corrió el serio peligro de que sus páginas le estallaran en la cara. Porque ayer este diario contenía varias cargas de dinamita, como las que colocó **Juan Ramón Biedma** en su artículo *Ni piojos ni consoladores de iridio*. Con frases como "la novela negra se está muriendo de un exceso de elegancia" o "[los escritores de género negro] tenemos un problema clarísimo de endogamia (...) Y como suele ocurrir tras cualquier cruce repetidamente endogámico, el espécimen resultante es canijo, asexuado, feo e insulto", dejó claro su deseo de hacer amigos, y una vez prendida la mecha no es de extrañar que la explosión tuviera lugar en el transcurso de la tertulia que abrió la jornada en la Carpa de Encuentros. La estudiada provocación de **Biedma** sirvió de excusa para reflexionar sobre la situación del género negro, la relación del escritor con la realidad y su función a la hora de enfrentarse a la hoja en blanco.

Y dado que, pese a sus confesados temores, no le habían echado de la Semana Negra, fue el propio **Juan Ramón Biedma** el encargado de abrir la tertulia y soltar unas cuantas cargas de profundidad más por si alguno de sus colegas no le habían leído. "El viejo género negro se ha conformado con protagonizar clubes de lectura para mujeres mayores encantadas de leer asesinatos y que saben que el autor va a encontrar un final feliz a su historia", fue una de sus perlas.

Raúl Argemí recogió el guante lanzado por Biedma y expuso su propia síntesis de la situación de la novela negra: "hay un 'descapaminamiento' del carajo". ¿Y a qué es debido tan chocante estado? En opinión de **Argemí**, a que "ésta es la realidad en la que vivimos es mucho más bestia que cualquier novela que podamos escribir". No obstante, pese a confesar ser consciente de que los escritores "nunca podremos cambiar esa re-

alidad", el autor argentino no se resigna y afirmó pertenecer a ese "grupo de inadaptados que siempre va a tener una actitud de rebelión" ante ella.

Ante tanto planteamiento fatalista, **Paco Ignacio Taibo II** iluminó una carpa que se estaba quedando sumida en la oscuridad de los tiempos presentes. "Los tiempos oscuros no son el problema, sino cómo los contamos", aseveró. En este sentido, **Taibo** reivindicó una mayor profundidad a la hora encontrar los temas que hoy no se abordan en la novela negra. "La labor del escritor es la de ser un explorador, es la de ir por delante y contar lo que no se cuenta", explicó. **Willy Uribe** señaló un posible camino para ese explorador de historias, el de los "demonios interiores", la huella que la realidad ha dejado en cada uno. **Carlos Zanón** ahondó en esa idea. "Es importante encontrar las causas por las que, cuando pasa algo con el vecino del tercero, sus vecinos dicen que era maravilloso", apuntó.

Pero la tertulia iba cobrando unos tintes que no gustaban a **Jon Arretxe** que, contagiado por el espíritu dinamitero de **Juan Ramón Biedma**, lanzó una bomba de racimo dirigida a todos los presentes. "En el fondo da igual", afirmó, "nos sentimos demasiado importantes cuando la verdad es que la crítica nos toma por una literatura de segunda división y que para los lectores lo importante es pasarlo bien y poco más". Tamaña afrenta provocó la entrada en el ring de **Taibo**. "¡No tíos, cambiamos el mundo!", exclamó antes de afirmar que "ningún crítico se atrevería a decir que la literatura de género es de segunda sin arriesgarse a ser la víctima de un lanzamiento masivo de tomates" (directo al pecho). "Un minuto de televisión vale más que cientos de nuestros libros", le respondió **Arretxe** (gancho a la mandíbula). "Un minuto de televisión supone ruido mediático, pero una buena novela caída en manos del lector adecuado transforma en profundidad", fue la

contestación de **Taibo** (crochet de izquierdas que deja tambaleándose a su rival). "Intento creer en lo que dices, pero lo tenemos difícil", acaba claudicando **Arretxe** (victoria a los puntos de **Taibo**).

Entre tanto golpe, **Elisa Plaza** quiso responder al lanzado al aire minutos antes por **Juan Ramón Biedma** al referirse a las integrantes de los clubes de lectura. "Por suerte son mujeres, porque hasta hace poco la cultura les estaba vetada", afirmó. **Plaza** defendió la influencia de la literatura en el día a día de los lectores, aunque mostró su escepticismo ante la posibilidad de que algún escritor se ponga ante la hoja en blanco planteándose su función. En este sentido, **Gregorio Casamayor** lo tenía claro. "Me conformo con escribir algunas buenas historias y que a la gente le hagan pensar", aseguró. Por su parte, **Sanjuana Martínez**, ante los tremendos casos con los que se ha encontrado en su trayectoria, explicó sus dificultades a la hora de encontrar los límites de la realidad para trabajar con ella y plasmarla en un papel. **Martínez** reivindicó la búsqueda de los auténticos valores como una vía para encontrar respuesta a esta pregunta. Valores de los que carecen los economistas a cuyas reuniones pudo acudir **Guillermo Orsi** en su condición de periodista económico. "La truculencia, la ferocidad con la que esa gente habla de la sociedad y de los cambios que hay que hacer en ella me hacía salir aterrado de allí. ¿Qué lleva a unos señores tan educados a tomar unas decisiones que comprometen el futuro de la humanidad?", se preguntó el flamante premio Hammet de la edición de este año.

Una pregunta más que quedó en el aire de la Carpa de Encuentros, porque como afirmó **Paco Ignacio Taibo II** al término de la tertulia, "la Semana Negra se caracteriza porque no se hacen debates para llegar a conclusiones, sino para generar dudas".

Christian Bartsch

INMUNDA ESCORIA

La presentación de *Inmunda Escoria*, del gallego **Ricardo Gurriarán** concitó mucha expectación en la noche de ayer. Primero por el interés que suscitó su obra entre el público y segundo porque su presentador fue **Vicente Álvarez Areces**, Presidente del Principado de Asturias. Y con esos mimbres, la carpa del encuentro rozó el lleno, con cientos de personas interesadas en conocer la historia de las reivindicaciones estudiantiles en la Universidad gallega durante el franquismo.

Vicente Álvarez Areces explicó sobre la obra que "se trata de un libro que ofrece un testimonio objetivo sobre la Universidad de Santiago que trasciende las aulas y los despachos y que es de amplio interés para la sociedad española." El Presidente del Principado, comentó sobre el autor que "es un gran historiador, con gran capacidad narrativa y de condensación. Ha publicado más de 50 artículos y media docena de obras". Asimismo, **Álvarez Areces** aclaró que "el título del libro se debe a un calificativo que utilizó un periódico en la época para describir a los estudiantes que se manifestaban".

"Se trata de un libro de historia que conjuga los elementos de las buenas novelas y en él se narra cómo los jóvenes de entonces se enfrentaron a la sinrazón, a la represión".

Por su parte, **Ricardo Gurriarán** quiso dejar claro que "es un libro que

tiene que ver también con Asturias, porque Asturias fue la cabeza de puente que consolidó la lucha antifranquista en los años sesenta, con sus huelgas y su movimiento obrero". Asimismo, el autor añadió que "no es baladí que **Tini** esté sentado aquí esta noche. Él llegó a estudiar matemáticas a Santiago en 1966 y llegó con los galones en el Partido Comunista de España. **Tini** tuvo capacidad organizativa para mantener el imán de las fuerzas que actuaban. Organizó todo el movimiento estudiantil".

Tras los elogios mutuos llegó el turno de preguntas, y fue **Manuel Muñais**, gallego de nacimiento y gijónés de adopción, quien preguntó a los presentes en la mesa por la "inmunda escoria" de hoy en día. Para **Ricardo Gurriarán** "la inmunda escoria de nuestros días tiene que ver con las injusticias y las desigualdades, con el gran poder financiero, por ejemplo, o la bolsa de pobreza que existen en el mundo". Y **Vicente Álvarez Areces** estuvo de acuerdo, el Presidente añadió que "debemos dar respuestas globales a los problemas del mundo. La inmunda escoria no está situada en el sistema estudiantil y quizá se acerque más a ese mundo financiero". Después de la pregunta, **Paco Ignacio Taibo II** se subió a la tarima para anunciar que la Semana Negra regalaría 20 ejemplares de la obra. Fue el punto y final.

J. E. Trácanas



MARCUS MALTE EN EL JARDIN DEL AMOR

Marcus Malte, escritor francés, llegó ayer a la Semana Negra con su novela *The garden of love* bajo el brazo. Editada en su país en 2007, pero recientemente editada en habla hispana, se trata de una novela de género negro que debe su título a parte de un poema de **William Blake** "volví al jardín del amor y lo encontré lleno de tumbas". El encargado de presentarle en sociedad fue **Sebastian Rutés**, colega francés asiduo al festival.

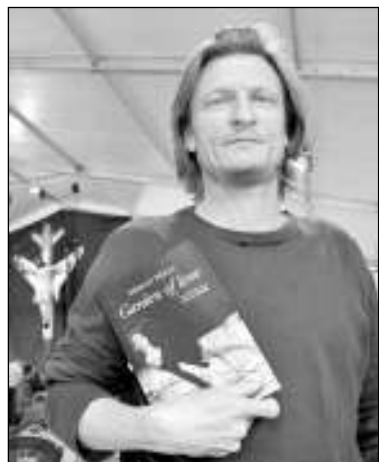
El autor comentó sobre su obra que "volví a los personajes que narraban en primera persona, personajes que dicen yo. Es un juego porque en muchas ocasiones, los lectores no saben quien es ese yo". Asimismo, **Malte** explicó que "lo que me interesa es

saber cómo puedo transmitir las emociones, quiero transmitir cosas que contengan emoción". Sobre el título del libro, el escritor francés añadió que "quería ir más allá, saber qué había debajo de esas tumbas. De esta manera los muertos jalonan los caminos que recorren los personajes, que sienten cierta culpabilidad".

En *The garden of love*, el autor presenta a un policía corrupto, alcohólico, que inicia una investigación tras recibir una publicación. **Sebastian Rutés** preguntó a su compatriota sobre la personalidad de su protagonista y éste contestó que "no creo que todos los policías sean corruptos, pero es verdad que pasan buena parte de su vida relacionándose con delincuentes. Unos traspasan esa frontera y otros no, y es que las fronteras muchas veces no son nítidas, son superficies porosas. Esa frontera entre el bien y el mal no se da sólo en la profesión de policía, sino en todos los órdenes de la vida, es cierto que casi todos mis personajes traspasan esa línea y lo que quiero es describir sus circunstancias, no juzgarles".

Asimismo, **Rutés** quiso saber por qué en sus novelas su colega no hace que las mujeres traspasen esas fronteras, que pasen al lado oscuro. Y él lo tiene claro, "es que las mujeres no conocen el mal".

J. E. Trácanas



Libros con premio

El fallo matutino de los premios literarios de la Semana Negra trajo cola, trajo cola en la Carpa del Encuentro. Los cinco premiados, mas bien cuatro porque **Javier Sinay**, ganador del Premio Walsh, no pudo asistir a la cita, se sentaron junto a **Paco Ignacio Taibo II** para presentar sus novelas y comentar sus sensaciones tras la feliz noticia. **Guillermo Orsi**, **Juan Miguel Aguilera**, **Alejandro Hernández** y **Gregorio Casamayor** dieron cuenta de sus joyas y agradecieron a los jurados su elección.

Paco Ignacio Taibo II se congratuló de los premios concedidos en la SN, ya que "aunque no tienen dotación económica tienen mucha importancia, son los premios de la igualdad y de la diversidad". El Director del festival se refería al mestizaje de los mismos, a la posibilidad de que pudieran participar escritores de aquí y de allá. Para **Juan Miguel Aguilera** "ha sido emocionante ganar el premio Celsius, primero por tratarse de un premio entregado en la Semana Negra, que tiene gran prestigio, y segundo porque es importante que se reconozca la novela de ciencia ficción como un género más." El autor añadió sobre su obra que "es un technothriller. En ella se plantea un misterio que tiene que ver con un elemento científico, una gran esfera enterrada a gran profundidad. Disfruté mucho escribiéndola y creo que esa pasión la he conseguido transmitir al lector."

Gregorio Casamayor, ganador del Memorial **Silverio Cañada** a la mejor primera novela negra editada en castellano, quiso agradecer "al jurado que la hayan elegido como ganadora" y recordó sobre la misma que "el personaje central está en la cárcel, inculpa por varios asesinatos y allí opta por callar, por mantener un silencio sepulcral. Él se da cuenta que eso le puede perjudicar y entonces opta por contar su versión de los hechos, que son los que leen los lectores". Por otro lado, **Alejandro Hernández**, ganador del premio Espartaco por *Oro Ciego* como mejor novela histórica aseguró sobre el galardón que "ha sido el mayor empujón que he recibido en mi carrera". Sobre su obra, **Hernández** aclaró que "cuento el viaje de dos personajes en bus-

ca de oro, pero de los que quería hablar era de los seres humanos, de cómo se enfrentan a las situaciones límite".

Guillermo Orsi, ganador del premio Hammet con *Ciudad santa*, como mejor novela negra publicada en castellano, agradeció la decisión del jurado y contó sobre su obra que "centro la acción en Buenos Aires. Un crucero repleto de hombres ricos, muy adinerados, encalla en el río a la entrada de la ciudad. Ellos deben ser trasladados, un grupo de delincuentes se enteran de la noticia y perpetran el secuestro de cuatro parejas de turistas. A partir de ahí comienza la investigación por un triángulo policial, por un policía corrupto y dos compañeros de conducta ambigua".

J. E. Trácanas





Petre Bellú
Mario Mendoza

Quando yo era adolescente y estaba decidido a estudiar Filosofía y Letras, mi padre, un profesor de biología y ecología de la Universidad Nacional de Bogotá, me entregó una tarde en su oficina una novela publicada por la editorial chilena Ercilla en 1969: El defensor tiene la palabra, de Petre Bellú.

—Es bueno entonces que empieces desde ya a leer literatura de verdad —me dijo entregándome el libro por encima de su escritorio—. Léetelo y después hablamos.

Yo vivía por aquel entonces en pensiones de estudiantes del centro de la ciudad. Esa misma noche me lo devoré y lo terminé a la madrugada. No pude dejar de leer. Era la historia de un joven que crecía en la zona de tolerancia de Bucarest, era la historia de un hijo de puta.

“En una de esas escupideras para hombres, donde mi madre estaba prostituida, vi yo la luz del día. Gracias a ello, fui un proscrito durante toda mi vida”.

Entre mujeres agobiadas por el hambre y las enfermedades, solas, que llevan años aguantando la marginalidad extrema de la prostitución, el pequeño niño es amado por todas ellas, consentido y educado más tarde para que no se convierta en el futuro en un cliente más, en otro déspota arrogante que busca un depósito seminal a cambio de unas cuantas monedas. Sin embargo, el hecho de haber nacido en la calle de los burdeles lo condena inevitablemente a vivir en la periferia de lo social y a aceptar que no es como los otros, que aunque lo intente no podrá pertenecer jamás al rebaño, a la manada que lo insultó y lo segregó desde niño. Al final, después de un crimen por piedad, es llevado a juicio y pide defenderse a sí mismo. De allí el título: El defensor tiene la palabra.

Años más tarde, cuando ya era un estudiante de literatura, les pregunté a mis maestros de la universidad por este curioso escritor rumano: nadie me supo dar respuesta. No lo conocían, no lo habían leído, ni siquiera sabían que existía. Ese anonimato me dolía, me parecía injusto, pues según mi criterio de principiante, muchos otros escritores de gran prestigio no lograban cautivar de esa manera, no lograban narrar una historia con semejante potencia, con tanta verdad humana.

Bien, han pasado más de veinte años y sigo creyendo lo mismo. Es triste que no se lea a Bellú en el mundo entero, que no se le conozca, que no se haya hecho una película sobre su vida, que su novela no se estudie en los colegios y en las universidades. Es muy triste, por decir lo menos, que lo hayan olvidado.

Bellú nació en Rosiorii de Vede, en la Rumania de comienzos del siglo XX, en medio de una familia de trabajadores humildes que muy pronto fueron aniquilados por la tuberculosis. El único hijo que se salva es él. Huye hacia Bucarest y vive como puede, en las calles, desempeñando oficios miserables. Sólo una vez, debido al hambre extrema, y seguramente también al deseo de buscar un poco del cariño maternal que tanta falta le hacía, regresó a la casa familiar. Salió espantado: todos estaban familiares, amarillos, agonizantes. No volvió jamás.

Bellú aprendió el oficio de carpintero, pero desde muy joven cayó en los bajos fondos y se acostumbró a llevar una vida de marginal extremo. Se volvió un vagabundo y no quiso hacer ningún esfuerzo de allí en adelante por encajar en el mundo. Y desde ese borde radical que fue su propia vida, en hojas que muchas veces recogía en la calle, escribió su única novela, el testimonio aterrador de una sociedad europea (la del humanismo renacentista, sí, la de la declaración de los Derechos del Hombre, sí, la del proyecto de la razón moderna, sí) que se prepara para ese baño de sangre sin igual que fue la Segunda Guerra. En las páginas de Bellú está todo el horror de la decadencia de Occidente, toda la hipocresía del proyecto de la modernidad.

Quando se publica su novela en 1934, el ya entonces famoso escritor Panait Istrati escribe un prólogo en el que afirma:

Muy pronto Bellú se deja arrastrar por la ola de los perdidos... Todavía hoy vive esta existencia, lo cual quiere decir que no come todos los días.

No sé cómo murió Bellú, pero lo imagino: como había vivido: aislado, al margen, resistiendo. Y en esa lejanía hay toda una lección de ética que no deberíamos olvidar.



El luthier Patagón
Juan Bas

Me encontré con los hermanos Urdax en el hotel balneario Elgorriaga, que está en el norte de Navarra. Ellos son oriundos de por allí. Como lucen tan gordos como yo, si no más —a los tres juntos, no nos habría rechazado Rubens como modelos para la variante masculina de las tres gracias—, también les sacuden dolorosos ataques de gota. Por esa razón habíamos coincidido en aquel balneario, cuyas aguas termales de alta salinidad dicen que son buenas para reducir el índice de ácido úrico en la sangre. Me parece a mí que son tan eficaces como una tostada para un infarto. Pero se come bien, el hotel es confortable y el paraje bonito.

Conozco a los hermanos Urdax, Demetrio y Benito, de los viejos tiempos. Son más o menos de mi quinta, solterones, inseparables, y siempre han tenido fama de ser un tanto mafiosos en sus oscuros negocios de sociedad limitada.

Estábamos en la piscina de chorros y burbujas y entre los tres ocupábamos en su totalidad la zona de jacuzzi redondo. Era un buen lugar y momento para charlar distendidamente.

A Demetrio le encanta contar historias. No sé cuántas son verdaderas, pero sí que todas son buenas. La del luthier patagón, el gigante con cara de niño Arístides Nepomuceno Elgorriaga, «Nepo para la buena gente», que contó en aquel hervidero —el agua estaba para escalfar huevos—, no es de las peores.

—¿Te acuerdas, Benito, quién se apellidaba Elgorriaga? —preguntó Demetrio a su hermano—. No Gonzalito Elgorriaga, aquel cabrón; ni Amaia Elgorriaga, la arpía; un Elgorriaga que conocimos muy lejos de aquí.

—Pues no. No me acuerdo.

—Qué raro que se te haya olvidado, con tu buena memoria.

—Ya ves.

—Tuvo su gracia ir a encontrar tan lejos a uno que aunque no había estado nunca aquí, era como de aquí: uno de los nuestros.

Demetrio tiene su cierto ramalazo nacionalista, más folclórico que otra cosa. Siempre con lo de aquí y lo de fuera. Los nuestros y lo nuestro. La mezquina endogamia del nacionalismo.

—Nada. No caigo —concluyó Benito.

—Ahora te acordarás. Al infeliz nos lo encontramos en una carretera interminable y sin un alma, haciendo autoestop.

—En la Patagonia. Nepo. Arístides Nepomuceno Elgorriaga.

—Exacto. Ya creía que el agua caliente te estaba reblandeciendo los sesos.

El dicharachero Demetrio contó para narrar la historia con la inestimable cooperación de su lacónico hermano, que es la alegría de la huerta. Aunque físicamente, sin ser gemelos, se parecen como dos gotas de vino, son muy distintos de carácter.

—Estábamos bajando en coche desde Buenos Aires a la Patagonia —continuó Demetrio—. Un viaje de la leche. Una carretera inacabable, recta durante muchísimos kilómetros, como trazada con tiralíneas.

—Con la nada a los lados.

—Una estepa enorme. Producía cierta sensación de mareo. O más bien de desorientación. Y todo el tiempo aguantando un viento tremendo que movía el coche de lado a lado. Había que agarrar bien el volante.

—Y sin ver un alma.

—Por lo menos no hacía frío.

—Por el día, no. Pero por la noche te congelas.



Hoy a las 21:30 en la Carpa del Encuentro se presentará y regalará el libro a 34 creadores bajo la égida de la memoria y la recuperación de los olvidados. El libro se convierte en improvisada editora de un libro tan excepcional que se convierte en concepción gráfica y física. No se pierdan las

Todos tenemos nuestra lista de Olvidados. Nos los hemos encontrado por un descubrimiento era maravilloso, que colaboraba a hacer un poco de justicia. Los olvidados nos parecían inusitadas, únicas y las guardamos como se guardan los recuerdos. Este libro, que toma su título de una película de Luis Buñuel, recoge esos olvidados, o apenas recordados. Pero sin duda merecerán la pena. Si la memoria es a veces una pequeña maldición, el olvido es parte de ella. La memoria es la ola que pasa sobre el recuerdo de las sociedades borrando a muchos creadores. Los olvidados, los despreciaron, los tiraron a la basura.

Hemos reunido a un gran grupo de autores de varios países para que cuente su historia. Hemos hecho el entuerto, a que el olvido no triunfe.

—Te cruzas con otro coche, sobre todo camiones, uno a la hora como mucho. Era primavera, pero no recuerdo en concreto...
—Noviembre del 2000.
—Eso es —Demetrio se dirigió a mí—. Qué privilegiada memoria tiene cuando



quiere el tuercebomas de mi hermano. Lo digo siempre. Por eso me ha parecido raro que no te acordaras de ese Elgorriaga.

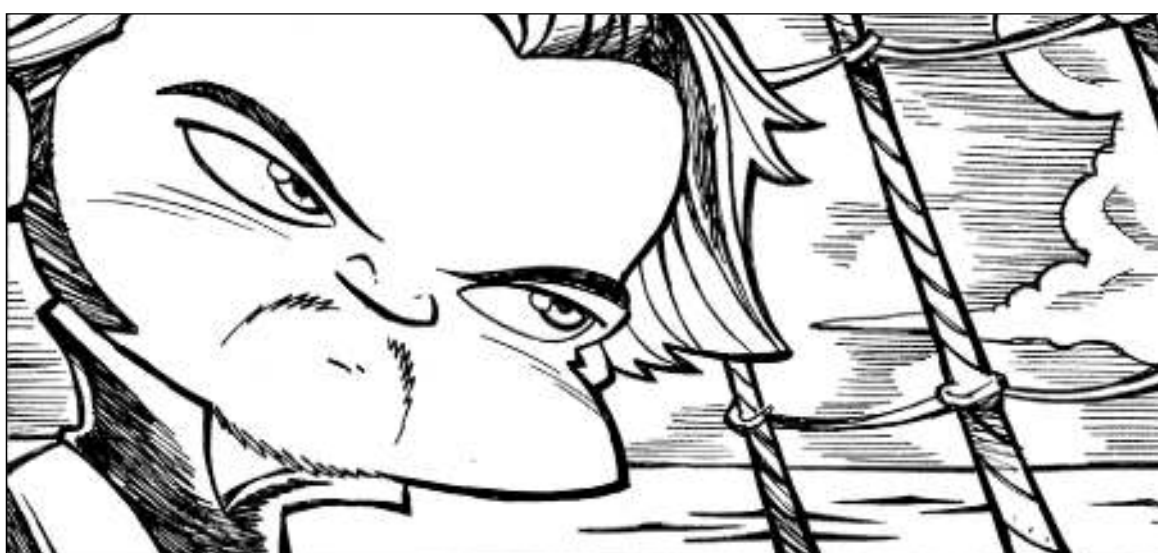
—Sí, la tengo para todo. Desgraciadamente.

—No seas así, anda.

—Vale. No pasa nada.

Benito miró a un vacío habitado por algún fantasma del pasado de imposible desaparición y petrificó el rostro. Su hermano le movió el gorro de baño a modo de carantoña. Historias personales y privadas.

—Estábamos ya muy al sur, por la gran altiplanicie de la provincia de Santa Cruz, la anterior a Tierra del Fuego —retomó Demetrio—. Pues bueno, allí, en medio de la nada, vemos en el arcén de





los olvidados

Libro SN-Pepsi, Los olvidados. La coproducción que este año reúne a los personajes que la historia deja en la sombra. Nuevamente la SN por la calidad de sus autores como por lo sorprendente de sus historias. 192 páginas de textos, ilustraciones y color.

Por ahí, al paso de la vida, casi accidentalmente. Hemos sentido que nuestra justicia entre tanta desmemoria y tanto olvido. Las historias que descubrimos de niño dentro de un pañuelo. Serán músicos, pintores, hombres y mujeres de acción, serán páginas que siguen.

esa siniestra maldición colectiva que es la desmemoria, esa injusta y maléfica de los mejores, ayudando a los que los mataron, los encarcelaron, los arruinan estas historias. Esta es nuestra modesta aportación a que sea deshe-

Paco Ignacio Taibo II



la carretera a una figurita. Al irnos acercando distinguimos que era un hombretón y que tenía a su lado un bulto enorme, más alto que él. Un bulto como con forma de menhir.

«El tío extendía el dedo y paramos. Aunque no lo hubiera hecho, habríamos parado igual.

—Encontrarte por allí a alguien a pie es como ver a un naufrago flotando en el océano.

Benito dijo más de diez palabras seguidas y hasta armó una metáfora. Se le aceleró la respiración por el ímprobo esfuerzo. Es obvio que me cae mejor un hermano que el otro.

—Por si acaso, cuando paramos, Benito, que es un desconfiado, echó mano a la culata de la Beretta.



—En esos parajes tan dejados de la mano de Dios conviene ir bien abrigado.

—El tiarrón nos pidió con una voz suave, de dulce acento, que le pegaba con su tamaño lo mismo que un yoyó...

—O que su carga. Lo que llevaba dentro, quiero decir.

—Cierto. Pero vamos con orden. No nos adelantemos.

—Perdón.

—Digo el tiarrón porque mediría por lo menos uno noventa y era un tipo muy fuerte.

—Pero al mismo tiempo tenía cara de niño.

—Nos pidió a ver si le llevábamos más al sur, lo que pudiéramos. Él iba a su casa, entre Pico Truncado y Jaramillo, que quedaban al sureste, al otro lado del río Deseado.

—Podíamos acercarle unos trescientos kilómetros sin desviarnos.

—Íbamos en un monovolumen grande, de alquiler. Y aún así tuvimos que abatir los asientos de atrás para poder meter el menhir, un gran envoltorio de lona negra encerrada que curiosamente pesaba más bien poco.

—Obélix con su menhir —dijo en plan gracioso, pero no me hicieron caso o no sabía quién era el compañero de Astérix.

—Conducía yo —prosiguió Demetrio—. Dejamos que el gigante se sentara delante y Benito se sentó detrás de él para tenerlo controlado.

»Durante por lo menos cien kilómetros, el tío no dijo esta boca es mía. Nosotros tampoco. Podía mascarse el silencio.

—Demetrio le preguntó por fin qué hacía allí tirado, en la carretera, y que de dónde venía.

—Nos explicó que le había dejado un camionero en un cruce, bastantes kilómetros atrás. Y que como no venían más coches había echado a andar, el muy tarado, hasta que se cansó. Respecto a de dónde venía, dijo —Demetrio imitó el acento argentino del gigante—: «Éste... Bueno... Me da que será mejor que no se la cuente a los señores porque si no a la peor me bajan aquí mismo.» Le expliqué que era al revés: si no nos lo contaba, entonces sí que se iba a tener que bajar del coche.

El gigante asintió. Les contó que se llamaba Aristides Nepomuceno Elgorriaga Cardiel, pero que todos le llamaban Nepo. «Nepo para la buena gente», remarcó. Que acababa de salir de una prisión militar situada muy al norte, donde había cumplido quince años de pena por homicidio de un superior.

—Nepo tendría unos treinta y cinco años —precisó Demetrio—. Aunque, como ha dicho Benito, tenía cara de niño.

Nepo, con veinte años, hacía el servicio militar en un cuartel de Rawson, cerca de la península Valdés. Un sargento instructor la tomó con él, con su tamaño y torpeza, y le hacía la vida imposible.

—Dijo que el hijoputa del sargento —siguió Demetrio—, además, estaba todo el día con la matraca de llamarle «¡patagón!, ¡patagón!, ¡patagón!» Hasta que el patagón no pudo más, se hartó. Enganchó al sargento con las dos manazas y lo estranguló hasta dejarlo con un palmo de lengua fuera.

—Le colmó la paciencia. Y eso que parecía caberle mucha dentro.

Nepo era medio indio. Su madre era una india de la tribu austral de los patagones, entre los cuales suelen darse individuos de gran tamaño.

—Total, que le hicieron un juicio militar —hablaba de nuevo Demetrio—, le metieron agravantes y lo condenaron a la barbaridad de pena de veinte años, de los que había cumplido quince.

«No me acuerdo dónde dijo que estaba la prisión militar».



—Yo tampoco. O igual es que no lo dijo.

—Si tú no te acuerdas, seguro que no lo dijo. A saber si toda la historia era verdad. En todo caso, si no es vero...

—Le bajaron la pena cinco años por trabajar —dijo Benito.

—Sí. Pero nada de picar piedra ni la vandería ni cosas por el estilo. Otro preso le enseñó su oficio artesano. Una extraña ocupación para el trullo. Nunca me sale la palabra exacta.

—Luthier.

—Luthier. Se pasó quince años haciendo violines, que al parecer se vendían en Buenos Aires. A él no le pagaban nada por el trabajo, pero de cada diez violines terminados, podía quedarse con uno.

—¿El menhir de lona eran todos sus violines? —pregunté.

—Claro.

—Por eso el bulto pesaba poco.

Hacía dos o tres violines al mes. Por quince años, cuatrocientos cincuenta violines: una fábrica. Llevaba por tanto en el bulto el diez por ciento: cuarenta y cinco violines.

Nepo iba a casa de sus padres, de los que no había tenido ninguna noticia en los quince años. No sabía si estaban bien o si habían cambiado de residencia o si la habían diñado.

—El bobalicón estaba convencido de que sus padres estaban bien y allí, esperándole —dijo Demetrio—. Como si se hubiera ido ayer mismo al servicio militar. Con esos cuarenta y cinco violines quería abrir una tienda en Puerto Deseado, que entonces ya empezaba a tener algo de turismo. Pensaba venderlos y seguir dedicándose a hacer más.

—Vender violines en la Patagonia. En fin.

—Me llamó la atención su apellido, Elgorriaga. Resultó que su padre era navarro y a Nepo le sonaba que, además, para mayor coincidencia, de el Baztán, de Elizondo. Se había casado con una india muy guapa y se quedó allí.



—Todos los nombres de por aquí se los diste tú. Por no llevarte la contraria, hubiera dicho que su padre era marciano —objetó Benito.

—Habló el escéptico por sistema.

En la relación fraternal entre Demetrio y Benito, además de notarse la total confianza que reinaba entre ambos, había algo de comedia inglesa y de jerarquía. De esos diálogos entre el señor excéntrico y el mayordomo cáustico que hace breves comentarios irónicos.

—Prosigo. Paramos en una gasolinera con cantina para repostar y comer algo. Naturalmente, tuvimos curiosidad por ver sus violines —Benito puso cara de póquer—. Bueno, tuve yo curiosidad.

—Era verdad. En el bulto llevaba la pila de violines, uno encima de otro, todos envueltos con cuidado, uno por uno y con lo que había podido.

»Demencial.

—Desenvolví uno. Tenía buena pinta y estaba bien barnizado. Se lo compré.

—Pagándolo a un precio desorbitado, si se me permite decirlo.

—Bueno, qué menos por un paisano recién salido de la pensión barrote; un medio navarrico.

Aunque Benito debió de refunfunar, después de descubrir las raíces navarras de Nepo, Demetrio se empeñó en desviarse de su camino y llevarlo hasta la casa de sus padres.

—Sí, señor —afirmó Demetrio—. Allí fuimos. Hasta un ranchito miserable y solitario, aislado de todo, en el culo del mundo. Nepo nos hizo parar y dejarle a unos cien metros de la estancia. Nos dijo que era para él un momento muy íntimo del reencuentro con sus padres y que nos estaba muy agradecido, pero quería vivirlo solo. Le dijimos que íbamos a esperar, por si no había nadie. Pero insistió en que nos fuéramos. Se puso incluso hosco.

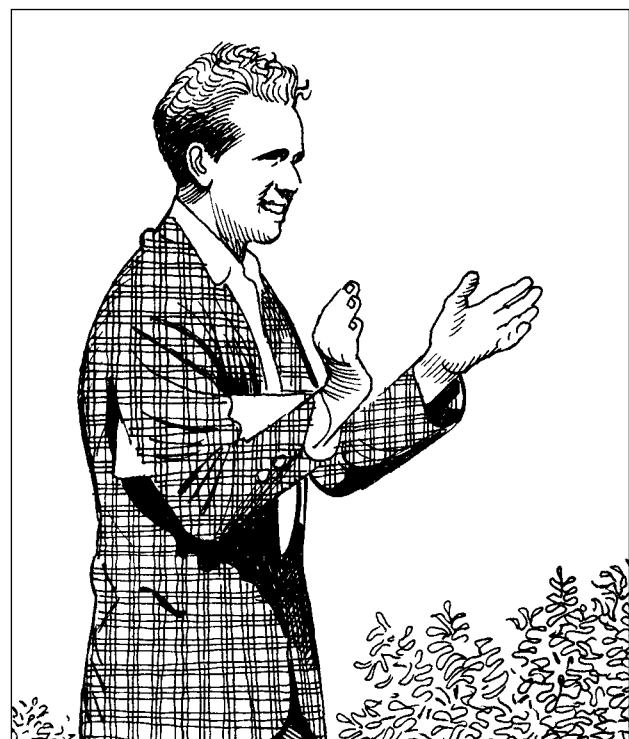
—Así que le hicimos caso y allí lo dejamos.

—Era más que probable que el ranchito estuviera abandonado. Me pareció incluso que una de las ventanas estaba claveteada. No debimos hacerle caso. ¿Qué habrá sido de él?

—Cualquiera sabe. ¿Cambiamos de sitio? Estoy ya harto de burbujas —atajó Benito.

Antes de separarnos en la piscina e ir cada uno a las distintas duchas de chorros gordos y a mucha presión, que Demetrio aguantaba en medio del cráneo, produciendo una especie de fuente ornamental con el rebote del agua en la cabeza, Benito me dijo:

—Cuando volvimos a Bilbao, llevamos el violín a una tienda de música. Nos dijeron que no valía nada, que estaba muy mal hecho.



Hay cosas
que hace poco no existían.
¿Podrías volver a pasar
sin ellas?

PLAN DE CIENCIA,
TECNOLOGÍA
E INNOVACIÓN
DE ASTURIAS PCTI



Por eso destinamos más de 70 millones de euros a investigación y desarrollo. Mirando por tu futuro y el de las empresas asturianas. Facilitándoles los recursos necesarios para ser cada día más eficientes y competitivas. Una inversión que abre nuevos caminos hacia una Asturias más moderna. De la que te beneficias tú y nos beneficiamos todos.

PLAN DE CIENCIA, TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN DE ASTURIAS PCTI, otra forma de invertir, otra forma de recibir.

www.asturias.es



Plan de Ciencia, Tecnología e Innovación de Asturias 2008-2010



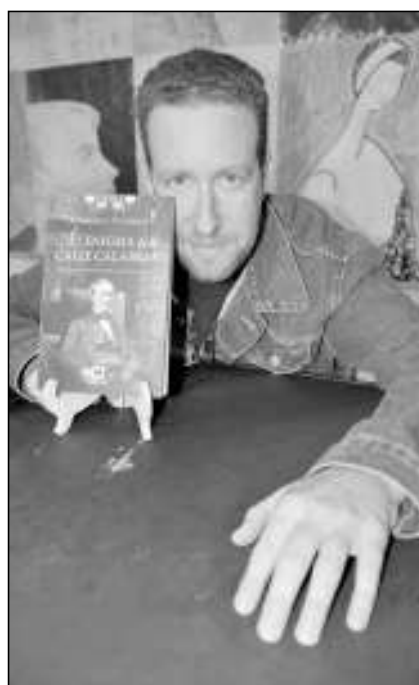
GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS

es p a c i o

À QUEMARROPA

POR MIGUEL BARRERO

La cosa empezó en orden, conforme se había previsto en el programa que apareció publicado ayer en estas mismas páginas, pero poco a poco –nosotros tampoco somos infalibles– acabó liándose y las actividades iban cambiando a velocidad de vértigo. Nada hacía presagiar tal frenesí al principio, cuando la Carpa Movistar/A Quemarropa vistió sus mejores galas (republica-



Jerónimo Tristante.

nas) para recibir a **Alejandro M. Gallo** (que, a estas alturas de la fiesta, todavía no se había dignado a pasarse por aquí: tiron de orejas para él), que venía invitado por la Fundación Juan Muñoz Zapico para tomar parte en una mesa redonda sobre *Literatura y Memoria histórica* en la que también tomaron parte **Francisco Prado Alberdi**, **Francisco Erice** y **Vanessa Gutiérrez**. Gallo puso en liza una cita de **George Orwell** (“Quien controla el pasado, controla el futuro”) para dar pie a una conversación a cuatro en la que se habló del poder de literatura a la hora de compensar las injusticias de la Historia o desarrollar el ejercicio de la memoria colectiva, y también de cómo la necesidad de escribir (o reescribir) esa memoria proviene de la evidencia de que el hombre es el único animal incapaz de vivir sin sus recuerdos.

La tertulia se prolongó una hora larga y no sé si fue bastante, porque parecían quedar muchas cosas en el tintero cuando apareció por allí **José Manuel Estébanez** para presentar *Candy City*, de **López Aroca** y **Sergio Bleda**, una obra fresca e irreverente que sus autores desglosaron con gran prolijidad de

detalles antes de que se viniera con nosotros **David Barreiro**, joven escritor gijonés que, tras el éxito obtenido por *Mediocre* (una suerte de fábula contemporánea sobre la inanidad de la vida del oficinista medio) ha vuelto a las librerías con *Barriga*, una novela que sigue fiel al espíritu que impregnaba su obra prima y que fue ampliamente elogiada por **Luis Sepúlveda**, presentador de lujo que vino a dar así la alternativa definitiva a la que parece ser una de las voces más prometedoras de las jóvenes letras patrias.

A la misma hora en la que el Recinto empezaba a alborotarse por la inminente llegada de **Vicente Álvarez Areces** (que coprotagonizaba una presentación en la carpa vecina), se sentaban con nosotros **Carles Quílez**, **Fritz Glockner**, **Raúl Argemí** y **Fernando Marías** para hablar de *Corrupción y literatura*, un tema en el que los tres están muy duchos. El primero, porque sus labores de documentación le han llevado a tener un amplio fondo sobre el asunto; el segundo y el tercero, porque ser escritor en México DF y en Argentina conlleva estar irremediabilmente familiarizado con esos menesteres; el cuarto, porque, por lo que ha venido evidenciando en estos últimos años en los que se ha venido convirtiendo en un habitual de la SN, es un especialista en todos los lados oscuros que imaginarse puedan.

A esa mesa redonda la sucedió otra no menos especializada. El escritor **José Luis Ibáñez** se vino con **Alejandro M. Gallo** (que, como se ha dicho, debutaba hoy, y por partida doble) para charlar de *Novela policiaca y Guerra Civil*, en una conversación en la que no dejó de salir a colación la idoneidad del *noire* para abordar el conflicto español por esa capacidad del género para arrimarse así como sin querer a los epicentros de las cloacas para desentrañar miserias y contradicciones de una sociedad enferma. Que es, al fin y al cabo, la que sirve de caldo de cultivo para cualquier lucha armada, y mucho más si nos remontamos a la España de 1936.

Los cambios en el programa a los que me refería antes –y los deberes que tenía para la jornada de ayer– me impidieron asistir, como hubiera querido, a la presentación de *El enigma de la calle Calabria*, la última novela de **Jerónimo Tristante**, que recibía los honores de la insigne **Cristina Fallarás**, la primera mujer en la historia de la SN que ha conseguido colarse (sin ganar, ay) entre los finalistas del Premio Hammett. Una pena, porque **Tristante** es un

tipo solvente y sus novelas siempre resultan tan sugerentes, al principio, como suculentas, una vez degustadas.

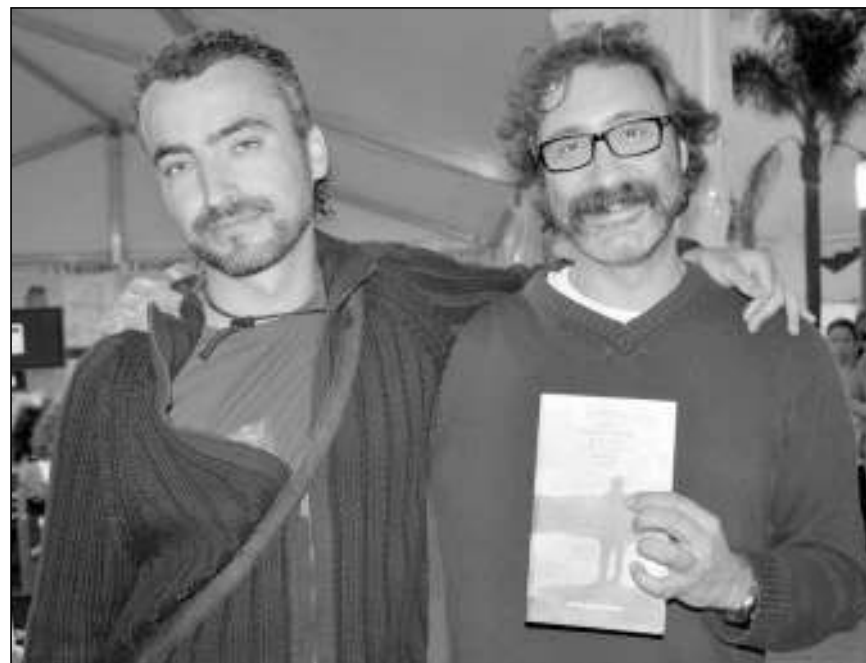
Llegué muy justito para escuchar a **Willy Uribe** hablar de su Cuadrante de las planas (apareció por allí el librero **Paco Camarasa**, cuya presencia en Gijón este año ha sido bastante intermitente, y me apetecía darle un abrazote antes de que emprendiera el viaje de vuelta a Barcelona), pero sí pude atender a la puesta de largo de *Los largos pasos que nos han traído hasta aquí*, una novela de **Juan Marchán** cuyas virtudes, esas que la convierten en una de esas lecturas que enganchan y que no permiten que el lector cierre el libro hasta que llega el punto final, fueron ampliamente glosadas por **Nacho Guirado**, que desde hace uno o dos años ha emprendido también el camino que lleva a convertirse en un nuevo clásico de la SN. La presentación de la película *La balada de Vlad Tepes*, de **Guzmán Vi-**



José Luis Ibáñez.

la, abarrotó la carpa y calentó el ambiente gracias a un film de vampiros llamado a convertirse en película de culto. El éxito del pase hizo que el público se animase y permaneciera entre nuestras lonas para presenciar la última (y más tardía, hasta ahora) actividad de la carpa: una tertulia sobre los barrios y las tribus urbanas en la que participaron **Javier Sinay**, **Carlos Zanón**, **Marcelo Luján**, **Matías Néspolo** y **Mario Mendoza**. Un cartel de lujo para presenciar la penúltima jornada de actividades literarias en esta XXIII Semana Negra. Abróchense los cinturones, damas y caballeros.

Esto está a punto de acabarse.



Nacho Guirado y Juan Marchán.



Prado Alberdi, Alejandro M. Gallo, Vanessa Gutiérrez y Francisco Erice.



David Barreiro y Luis Sepúlveda.



Estébanez, López Aroca, Bleda y el editor Ricardo Esteban.

Colaboran con la Semana Negra

Servicio Cultural de la Embajada de Francia en España

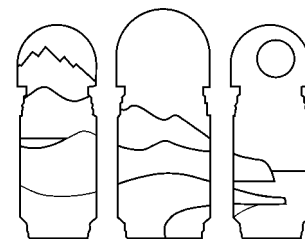
Casa de América

Ayuntamiento de Mieres

Ayuntamiento de Cudillero



Ayuntamiento de Gijón



Asturias paraíso natural

PROGRAMA
sábado 17

- 10:00** Inicio de la distribución gratuita del número 9 de A Quemarropa.
- 17:00** Tertulia. *Cómic, Futuros narrativos* (Enrique V. Vegas, Sergio Bleda, Ricardo Esteban, Marta Cano, Antonio Scuzzarella, Alfons López, David López, Laura, Silvio Gallizzi, Pepe Gálvez, Antonio Altarriba, Matías Bergara, Rodolfo Santullo, Francisco Naranjo, Yexus, Norman Fernández, modera Ángel de la Calle (carpa del Encuentro).
- Apertura de exposiciones:
Cómic: *100 Balas, guía de lectura.*
Fotoperiodismo: *Y sin embargo... Se mueven.*
Vuelven los soldaditos de plomo (Con la colaboración de L'Iber, Museo de los Soldaditos de Plomo).
Piezas arqueológicas mexicanas (Con la colaboración del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México).
- 18:00** Homenaje: *30 años de Toni Romano.* Juan Madrid, PIT II y Paco Camarasa (Carpa del Encuentro).
- 18:00** Presentación *Espiral* de David López con Yexus (Carpa Movistar-AQ).
- 18:30** Presentación de *Pájaros sin alas* con José Ramón Gómez Cabezas (Carpa Movistar-AQ).
- 19:00** Presentación de *Última lección en Gotinga* de Davide Osenda con Norman Fernández y Roberto Noya (Carpa Movistar-AQ).
- 19:00** Presentación de *Luz de Egipto* de León Arsenal con Jorge Iván Argiz y Rafael Marín (Carpa del Encuentro).
- 19:30** Mesa redonda. *Personajes, historia y televisión.* Antonio Hernández Centeno con Jorge Iván Argiz (Carpa del Encuentro).
- 19:30** Presentación de *Giley y Perro vagabundo busca a quien morder* de Julián Ibáñez con Paco Camarasa (Carpa Movistar-AQ).
- 20:00** Presentación del libro *Los últimos días del Graf Spee* de Rafael Santullo y Matías Bergara con Ángel de la Calle (Carpa Movistar-AQ).
- 20:30** Mesa redonda *El cómic en Italia* con Gianfranco Manfredi, Bepi Vigna, Paolo Bacilieri. Modera Norman Fernández (Carpa del Encuentro).
- 20:30** Presentación *Siete maneras de matar a un gato* de Matías Néspolo, con Raúl Argemí (Carpa Movistar-AQ).
- 21:00** Presentación de *La versión del minotauro* de Francis P. Fernández, con Juan Ramón Biedma (Carpa del Encuentro).
- 21:30** Presentación y regalo de *Los Olvidados*, libro Pepsi-Semana Negra. Con Ernesto Burgos, Alejandro Hernández, Marta Cano, Alfonso Mateo Sagasta, Carlos Fortea, Yayo, Enrique Vegas, Sergio Bleda, Eduardo Vaquerizo, José Luis Ibáñez, José Luis Muñoz, Juan Bas, Julio Murillo, Pepe Gálvez, Mario Mendoza, Nacho Guirado, Rafael Marín, Alfons López, Scott Hampton, Antonio Altarriba, Davide Osenda, Gianfranco Manfredi, Bepi Vigna, Paolo Bacilieri, David López, Laura, Paco Ignacio Taibo II, Ángel de la Calle) (Carpa del Encuentro).
- 22:00** Firma colectiva de *Los Olvidados* (Carpa Movistar-AQ).
- 22:30** Música en el escenario central.
- RAY GELATO**
- (Con la colaboración del Teatro Jovellanos).
- 22:30** Mesa redonda Fotoperiodismo (Carpa del Encuentro).
- 23:30** *Veladas audiovisuales del Festival de Foto y Periodismo. Premio Internacional Ciudad de Gijón.* (Carpa del Encuentro).

CARPA RADIO KRAS

- 19:30** *Cultura asturiana: "Yoni y yo" de Pablo X. Suárez. Recital poético con Xandru Fernández, Miguel Allende, Sergio Gutiérrez, Pablo Texón y música de Pedro A. Menchaca.*
- 00:00** Pablo Valdés & The crazy lovers.



LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL Y CRISTIANA
León Ferrari, 1965

PREMIOS LITERARIOS SEMANA NEGRA 2010

Premio Hammett, en su vigésimo tercera edición, a la mejor novela negra publicada originalmente en castellano en 2009 para **Guillermo Orsi** (Argentina) por *Ciudad santa*. El jurado estuvo compuesto por Rodolfo Pérez Valero (Cuba); Julián Ibáñez (España) y Juan Ramón Biedma (España).

Premio Celsius, en su tercera edición, a la mejor novela de fantasía, ciencia ficción o terror publicada originalmente en castellano en 2009 para **Juan Miguel Aguilera** por *La red de Indra*. Formaron el jurado Jorge Iván Argiz (España); Ricard Ibáñez (España) y Javier Negrete (España).

Premio Espartaco, en su sexta edición, a la mejor novela histórica publicada originalmente en castellano en 2009 para **Alejandro Hernández** (Cuba) por *Oro ciego*. Actuaron como jurado Rafael Marín (España); Alfonso Mateo-Sagasta (España) y Nerea Riesco (España).

Premio Rodolfo Walsh, en su vigésimo tercera edición, al mejor libro de no ficción sobre tema criminal publicado originalmente en castellano en 2009 para **Javier Sinay** (Argentina) por *Sangre joven*. El jurado estuvo compuesto por Raúl Argemí (Argentina); Fernando Marías (España) y Carles Quílez (España).

Memorial Silverio Cañada, en su novena edición, a la mejor primera novela negra publicada originalmente en castellano en 2009 para **Gregorio Casamayor** (España) por *La sopa de Dios*. Formaron parte del jurado Mercedes Castro (España); Julio Murillo (España) y José Luis Muñoz (España).

Concurso Internacional de Relatos Policiacos (en colaboración con el Ateneo Obrero de Gijón), en su vigésimo tercera edición, para obras que sean rigurosamente originales e inéditas fue para **Enrique Ferrari** (Argentina) por *Ese nombre*. Compusieron el jurado Nacho Guirado (España); Eduardo Monteverde (México) y Sebastien Rutés (Francia).

ENCUENTRAN UNA HUELLA DACTILAR EN UNA NOTA DEL SECUESTRAADOR



Nota en la que se ha encontrado la huella dactilar.

Gracias al análisis científico al que se sometían todas las notas del secuestrador, la policía ha encontrado una huella dactilar parcial lo suficientemente grande como para realizar una comparativa.

Inmediatamente después de este hallazgo, la policía ha comenzado a tomar las huellas de todos los sospechosos para ver si había alguna coincidencia. Este proceso puede durar entre 12 y 24 horas con lo que aún no pueden asegurar que encontrarán a la joven actriz antes de que expire el plazo.

La policía, con la ayuda de los ciudadanos, confía en cerrar el caso antes del anochecer.



9 mm. parabellum Rafael Marín

Descubrí que me estaban poniendo los cuernos gracias a unos gemelos. De oro, eso sí, con una perla rosa en el centro. Nos los regaló el presidente de Uzbekistán, creo. Una pareja para José Ignacio o y otra mí, que soportaba con él los honores y el calor sofocante y no me tenía en pie del cansancio tras doce horas de vuelo, otras diez de reuniones, una recepción, un dolor de muelas bíblico y una mala combinación de antibióticos y ginebra de esas que te dan en los aviones, en botellita pequeña, y que emborracha más que un litro de los que se compran en los duty—frees de los aeropuertos. Claro que nosotros hace mucho tiempo que ni tenemos tiempo de pasar por los duty—frees, y estaría mal visto que un ministro y su secretario de estado se atiboraran de tabaco y bebidas de alta graduación antes de subir a bordo.

José Ignacio es el ministro, claro, y yo soy su número dos. Siempre lo he sido. Y no sólo en el escalafón, quiero decir. Estudiamos juntos en los mejores colegios religiosos de Madrid, hicimos nuestros viajes correspondientes por Europa y por América justo cuando había que hacerlos, ingresamos en el mismo partido y nos batimos el cobre en cientos de comisiones parlamentarias, controles al gobierno, mociones de censura, campañas electorales y, por fin, pudimos acariciar el codiciado sillón azul. Bueno, lo acarició José Ignacio. Como siempre, yo me quedé en segundo plano. Y, ojo, no es que sea más tonto ni tenga menos enchufes que él. Simplemente, es mi sino. En el colegio, en las universidades, yo siempre sacaba mejores calificaciones que él durante todo el curso. Pero llegaban los exámenes finales, las subidas de nota, los trabajos extraordinarios, y entonces, en el cómputo de final de curso, me ganaba por unas décimas o incluso por un punto largo. Lo mismo cuando pasamos por la empresa privada, y cuando nos afiliamos al partido (yo lo hice seis meses antes, por cierto). Cuando empecé a salir con la hija de un banquero, al final fue José Ignacio quien se casó con ella. En las quinielas que hizo el Presi en su libretita azul para ver a quién le endosaba el cargo, sé que yo estuve encabezando los nombres durante un montón de semanas. Pero el cargo se lo llevó José Ignacio. Yo me quedé segundo.

Los gemelos son esa cosa inservible que el protocolo obliga en según qué casos. Nos lo regaló el presidente de Uzbekistán, allí a pleno sol, sobre el estrado, y José Ignacio, que tenía las manos ocupadas con el discurso de marras y usa trajes a medida sin bolsillos, para que no le pase como a Julio Iglesias cuando canta (queda muy feo un ministro hablando con la mano metida en el costado, como si tuviera flato), me dejó los suyos en fideicomiso. Yo sí me los metí en el bolsillo, no les di más importancia, y no me di cuenta de que los tenía hasta que, en el vuelo de regreso a Madrid, fui al lavabo del avión y se me cayó mi pareja al suelo. Pisé uno sin querer, porque aunque viajes en clase business los lavabos de los aviones siguen siendo estrechitos y

hay que llamarse Emmanuelle para poder maniobrar dentro, y cuando me agaché a recogerlo se me cayó el de José Ignacio. Mientras miraba las cuatro piezas, no sé por qué, decidí darles el cambiazo. Me quedé los dos que estaban intactos y le di a mi ministro, cuando bajábamos ya del avión y entrábamos en el coche oficial, la otra pareja, con uno de los dos un poquito jodido.

Seis meses más tarde, cuando fui a ponerme los gemelos porque tenía que recibir al viceministro del interior francés, me di cuenta de que había una grieta tonta en una de las perlas de mi gemelo. Lo había dejado allí, en mi mesita de noche, tres o cuatro días atrás, antes de un viaje a Bruselas que me cayó del cielo cuando no me lo esperaba, y ahora aquí estaba el gemelo con la perla resquebrajada. El mismo gemelo con la misma perla resquebrajada al que yo le había dado el cambiazo.

No soy tonto. Soy el número dos del ministro pero no me chupo el dedo. No había que ser Sherlock Holmes para descartar la casualidad de que un segundo gemelo se hubiera roto exactamente por el mismo sitio. Aquel era el gemelo que yo había cambiado, y ahora estaba aquí, en mi mesilla de noche, junto a mi cama de sábanas limpias, recién cambiadas, con olor a nuevo. Mi mujer dormía como un angelito, de espaldas a mí, pero ya no me pareció nada inocente.

Esa mañana me tragué dos discursos, agoté cuatro baterías seguidas en el teléfono móvil, me cabreé con uno de mis ayudantes y noté que cada dos por tres me temblaban las manos. La evidencia me roía. José Ignacio, mientras yo le sustituía en viajes incómodos y le echaba todos los capotazos del mundo ante las comisiones de control, se estaba beneficiando a mi mujer. En mi propia casa, al parecer, en ocasiones. Y en uno de aquellos encuentros furtivos, sin darse cuenta, me había vuelto a cambiar el gemelo que yo previamente le había cambiado.

Como decía Mel Brooks, es bueno ser rey. Tampoco está mal ser secretario del ministro. El número dos. Casi todo el poder de España en mis manos. Para lo bueno y para lo malo. Un par de llamadas son un par de órdenes. Y cuando dices que quieres algo para ahora mismo lo tienes ahora mismo. Asunto de estado, prioridad máxima. Para cerciorarme, pedí que dieran un listado de todas las llamadas efectuadas y recibidas desde el móvil de mi mujer, desde mi casa, desde su despacho en el consejo de dirección del banco. Dicho y hecho, seis minutos más tarde tenía una larga hoja impresa. Tardé poco menos de media hora en cotejar las llamadas hechas desde el móvil del ministro, las que habían hecho desde el propio ministerio. Casi todas ellas coincidían con los días en que yo estaba volando por toda Europa, de comisión en comisión, recitando discursos y bebiendo ginebra de botellita chica en la clase business de los aviones de Iberia.

No sé si me fastidió más el hecho

de saber que me estaban poniendo los adornos o que fuera precisamente José Ignacio quien lo hacía. Mi amigo. Mi compañero de estudios. El padrino de mis hijos. Mi jefe. La política es sacrificada y sabes que corres el riesgo de que su mujer se aburra de aburrirse y acabe enrollándose con su instructor de pilates o con el profesor de equitación de tus hijos. Pero hacerlo con un ministro es, además de una temeridad, una estupidez. He visto a José Ignacio en la sauna y ni siquiera está bien dotado. Y tiene menos tiempo que yo para todo.

Si yo perteneciera a otro partido, apelaría al honor herido. Pero fue una simple cuestión de vanidad y de orgullo. Uno comprende que un chaval de tableta de chocolate y veinticinco años tatuados se cepille a tu mujer, a la que ves de higos a brevas por las servidumbres del cargo. ¿Pero que lo haga tu jefe inmediato, el hombre sobre el que cuelga toda la seguridad de un país entero? Esto no podía quedar así. Por una vez, no me iba a contentar con ser plato de segunda mesa. No señor. Pensé en llamar a *El Mundo*, a *Intereconomía*, a *Libertad Digital*. Y darles el soplo. Pero eso me cubriría de vergüenza, Federico y César Vidal me convertirían en blanco de sus mofas, y quién sabe si no caería el gobierno y, encima, iba a quedarme sin un sueldo.

La solución era más española y viril. La deshonra sólo se lava con sangre. Podía cargarme a mi mujer, o podía cargarme al ministro. El ministro no tiene una fortuna como tiene María Eduvigis, ni se me abre de piernas de vez en cuando, aunque sea por cumplir. Tendría que ser el ministro. Lo siento, José Ignacio. No tendrías que haberte encaprichado de mi mujer, ni de mi gemelo intacto.

Dedicarte a la política tiene muchas incomodidades. Una de ellas, la que peor llevamos todos, son los escoltas. Pero si el hombre experimenta con ratones, la naturaleza desarrolla ratones más listos. Si lo hace su majestad el rey, poniéndose un casco y largándose en la moto, y hasta escriben novelas al respecto, imaginen ustedes la de vueltas que damos los de segunda fila para escaquearnos y poder hacer un rato de footing por el Retiro, o escaparte a comprar tabaco porque te apetece fumar y al Presi eso le pone de los nervios, o tirarte a la mujer de tu secretario. Si Juan Ignacio lo hacía, también lo hacía yo. Es fácil. Con el terrorismo dando sus últimas boqueadas y anunciando y desanunciando treguas, no cuesta mucho salir de casa por la puerta del aparcamiento, con otra ropa. O tener cronometrado en qué momento la pareja de escolta se turna para buscar los cafés en la gasolinera mientras te vigilan toda la noche.

No fue difícil, y no es por alardear. Basta saber los horarios y las costumbres. Saqué la Z88 de la caja fuerte del despacho ministerio, un arma requisada en una redada y que José Ignacio, tras posar con ella para la prensa, había olvidado entregar al archivo. Con su cargador 9 mm Parabellum, el ideal

para este tipo de casos. Di el esquinazo a los escoltas usando, sí, el viejo truco del casco y la moto. José Ignacio tenía a esas horas una reunión secreta con un par de representantes de grupos minoritarios a los que el gobierno quería hacer una cesión de competencias si votaban los presupuestos generales del estado. Un restaurante en las afueras de Madrid. Por lo tanto, no habría nadie esperándolo en el apartamento donde dormía este tipo de noches. Yo tenía la llave, porque a veces era yo quien lo utilizaba, si andaba ajustado de tiempo. Lo esperé sentado en el cuarto de baño, dentro de la ducha, como en *Psicosis*.

Me llamaron al móvil a la mañana siguiente, camino de Barajas, donde iba a recibir al presidente de Uzbekistán, precisamente. Revuelo de teletipos, periodistas colapsando el ministerio, declaraciones que me tocó realizar a mí, como secretario de estado y ahora ministro en funciones. Diez días de vértigo. El entierro con todos los honores, la prensa de la oposición clamando al cielo como era de esperar, los hijos de José Ignacio que tuvieron que volver corriendo (bueno, en avión) de Yale y Lausana, la medalla de Isabel la Católica al mérito civil. Todo eso que ven ustedes en los telediarios justo antes de cambiar de canal y que yo tuve que tragarme en primera persona, con el rostro compungido y al borde de las lágrimas. Luego, la espera de un nuevo ministro que me relevase y el Presi, que no quiso aprovechar la ocasión para remodelar el gabinete, que me dijo que siguiera yo adelante, hasta las elecciones del próximo abril, si había suerte.

Nadie sospechó nada. Dos tiros en la nuca, la munición característica, una caza al hombre que no llevó a ninguna detención. Los *abertxales* se negaron a condenar el asesinato, para variar. Los gerifaltes de la banda, peleados entre sí, no tenían muy claro de quién había partido la orden, habiendo tantos comandos por libre, pequeños reinos de taifas de un emporio que se les venía abajo. En *Gara* negaron tener nada que ver. Después dijeron que sí en un comunicado a Francia. Lo de costumbre.

Tres semanas y pico más tarde tuve que negociar yo el acuerdo a los presupuestos generales del estado allá donde se habían quedado, en punto muerto. Un asador en las afueras de Madrid, discreto, entre pinares, los escoltas en la puerta. Soy buen negociador. Tengo buena labia. Y mala próstata.

Pasada la medianoche, entré a mear. Un alivio, después de tanta agua Bezoya. Me estaba lavando las manos cuando vi por el espejo que dos de los excusados se abrían casi a la paz, y dos hombres encapuchados salían de ellos.

—*Eskerrik asko* por su colaboración, señor Ufarte —me dijo uno de ellos—. Pero era un trabajo que teníamos que haber hecho nosotros. Estaba ya pagado, ¿sabe usted?

Fueron dos tiros a la cabeza, a quemarropa. Uno de ellos me atravesó la perla rosa del gemelo antes de abrirse paso por el cristal de mis gafas.

FINALISTA

Charles Bronson era un cabrón

Javier Márquez Sánchez

—Y yo te digo que no, que el Charlbronson se los cepilla a todos —dice el Séneca sin levantar la mirada del vaso, algo cansado ya de la discusión—. ¡Pero si no hay más que ver la pinta de los demás! ¡Maricones todos!

—Sí, claro. El Chucknorris, maricón, ¡no te digo éste!

El Séneca lanza una mirada al Largo pero se lo piensa antes de hablar.

—Ni el moreno ese de la coleta tampoco —dice el Chispas.

—El Stivensigal —apunta el Largo—. Pues anda que no le da caña ése a los colgaos y a los manguis. Lo que le pasa a ése es que se ha puesto tan gordo que parece el Elvispresli antes de morir.

—Pues los dos son unos maricones —dice el Séneca—. ¡Si no hay más que verlos! Están tan operados y maquillados que parecen la Sarita Montiel. A ver quién puede decir lo mismo del Charlbronson. Ése sí que era un tío como los de antes. ¡Pero vosotros que vais a saber! Por no saber, ni sabéis que Elvis sigue vivo.

Todos los sentados a la barra del Folsom, incluso los que no están en la conversación, jalean aquel comentario. Hasta yo mismo lo hago, como puedo, mientras estoy cambiando el barril de cerveza.

—¡Que sí, que sí! —dice el Séneca— Y eso está en los papeles, que la CIA tiene documentos, que yo no me invento nada. Lo que pasa, es que para hablar hay que saber, y para saber, estudiar. Y como aquí no leéis ni la pizarra de las tapas...

—Es que no hay pizarra ni tapas —le digo abriendo el tirador.

—Ya, bueno, eso tendrás que explicarlo algún día. ¿Dónde se ha visto un bar sin tapas?

—Es que éste es un bar sofisticado, Séneca —le dice el Largo al tiempo que le planta una mano en el hombro.

—Ya, ¡un bar de maricones!

Rompemos a reír. Me adelanto al Chispas y empiezo a preparar una nueva ronda para todos. Él me guiña un ojo y se vuelve hacia el chaval que lo acompaña.

—Es que el Séneca trabajó para la CIA —le cuenta.

—Sí, el 007 de Alcosa, ¡no te jode! —se cachondea el Largo.

—Pues sí, señor, para la CIA, antes de que vosotros hubierais nacido. ¡Qué coño vais a saber! —el Séneca se inclina en la barra para poder mirar al chaval—. Es que aquí, en Sevilla, los americanos tenían una base, donde el barrio pijo ese.

—En Santa Clara —dice el Chispas.

—Eso es, en Santa Clara. Era la base que coordinaba Morón y

Rota. Era la madre del cordero. Ahí es donde planeaban todas sus operaciones en Europa. Y a mí me tenían de enlace local.

—¡Pero qué te has fumado, viejo! —dice el Chispas.

—Os daría más detalles, pero es alto secreto —vuelve a inclinarse hacia delante—. La madre del cordero, chico, lo que yo te diga.

—Anda, Séneca, echa un trago —le digo poniéndole su whisky con Sevenap por delante.

Todos le dan un tiento a sus copas y yo me sirvo un tiritito de José Cuervo.

—Pues por mucho de la CIA que fueras —comenta el Largo—, de tíos duros no sabes un carajo, Séneca. El Chucknorris da unas patadas voladoras que te cagas. Con uno como él que hubiera en Sevilla, nos quedábamos todos sin manduca. Al Charlbronson le quitas la pistola ¿y qué hace?

—¿Que qué hace? Pues arrear unas mascás que te dejan seco. Tanta patadita ni tanto chino muerto.

—Dile tú eso al Stivensigal —bromea el Chispas—. Él sólo se carga a la banda de narcos que pille por delante a base de romper brazos y piernas. ¡Qué tío!

—¡Bah! Antes me quedo con el Harryelsucio —dice el viejo—, lo que pasa es que ése tira de gatillo enseguida.

—Joder, y menudos bujeros que le hace al personal.

—Agujeros, Chispas —digo.

—¿Qué?

—Que no seas bestia —interviene el Largo—. Que el Harryelsucio, por mucho pistolón que tenga, hace agujeros, no agujeros.

—¡Qué coño! —sonríe el Chispas— Háblale del María Moliner al muerto, ¡no te jode!

Vuelven a beber a la vez, como si tuvieran la coreografía preparada. Por la cara que ponen creo que cada uno está visualizando a esos pavos de los que han estado hablando, viéndolos repartir estopa a unos y otros.

—Pues a mí el Stivensigal me da mal rollo —dice el chaval rompiendo un breve silencio. Suena de fondo una de Sabina.

—¿Veis? —dice el Séneca— El muchacho es listo.

—No, es porque me recuerda a uno de los guardias que había en el correccional. El cabrón, como le dieras excusas, te daba de hostias hasta dejarte subnormal. El mamón sabía cómo hacerlas pasar putas y salir limpio.

—Si yo te contara, chaval —dice el Largo—. Hijoputas de éstos hay en todos sitios.

—Largo, ¿te acuerdas del Cafrune? —pregunta el Chispas.

Lo hace con una sonrisa, pero su expresión se ensombrece al instante—. Ése sí que era un cabrón.

—El Cafrune era uno de los celadores de San Juan del Puerto, cuando estuvimos el Chispa y yo en el 84. Llevaba allí no sé cuánto tiempo, y como tenía una barba de la leche lo apodaban como al cantante argentino ése. Pero aquello era en los setenta. Cuando estuvimos nosotros, que era cuando estaba de moda el Chucknorris, coincidió cuando el Cafrune se recortó la barba y empezó a repartir hule de verdad. Hijo de la gran puta, ¡cómo zurraba!

—Sí, he oído hablar de ese elemento —dice el Séneca.

—Yo también —digo mientras seco unos vasos—. Contaban que se cargó a uno.

—¿A uno? ¡A saber a cuántos! —dice el Chispas— Siempre eran accidentes, claro.

—Es que no hay sitio más inseguro que una cárcel, ya sabéis —suelta el Séneca con una mueca.

—¡Nos ha jodido! Dña sí y día también —prosigue el Largo—. Y el Cafrune siempre estaba cerca de esos accidentes. Ahora que lo pienso, era clavado al Chucknorris, el tío, es verdad. En la barba y en las palizas. Le tenían miedo hasta sus propios compañeros, por eso no había quien lo largara. Imaginaos, un veterano de cuando Franco. ¡Coño, pues igual que Fraga, que no se quería retirar!

Todos reímos, el que más el Séneca, aunque es el primero al que se le amarga el gesto.

—En aquella época sí que nos caían hostias a los que estábamos en el talego —dice—. Me río yo de lo que habéis pasado vosotros. A mí me enchironaron la primera vez en el sesenta y cuatro, era un crío. Me he recorrido lo mejorcito de España, y puedo deciros que no hay una prisión sin su hijo de la gran puta.

—¿Dónde estaba aquél tío? —pregunta el Chispa.

—¿Cuál?

—¡Sí, hombre! ¡Aquél! Del que nos has hablado tanto. El que tiraba a los presos desde la galería superior.

—¡No jodas! —exclama el chaval.

—¡Sí, sí, hijo! Como lo oyes —dice el Séneca—. Los llevaba arriba cuando los demás estaban en el patio y los dejaba caer, así, a pelo, varias plantas. Unos pasaban meses en el hospital, otros quedaban lisiados. Y algunos morían, claro. Eso ocurría cuando no acababas su primer aviso. Para empezar, cuando te pasabas de listo, te daba a base de bien. Además, sin toallas húmedas ni porras ni guías

de teléfono. A mí me tocó en el 73, y ojalá me hubiese endiñao con una tubería. Pero no, el tío te pegaba a puño limpio, y no quieras saber qué puños tenía. Imagínate, lo llamábamos Urtain, porque decían que había sido boxeador antes de meterse a pasma. Porque éste no era de los celadores. No, éste era pasma. Con decirte que lo metieron en prisiones porque decían que era demasiado duro para la Político— Social.

—El chaval no sabe lo que es eso —dice el Chispas.

—En los tiempos de Franco estaba la policía normal, como la de ahora, y la que era más cabrona todavía.

—¡Joder! —se le escapa al muchacho.

—Así era, sí. Y de esa otra era este tío.

El Séneca se apoya en la barra con ambos brazos y pierde su mirada entre las botellas que tengo a mi espalda. Miro sus ojos y me doy cuenta de que está viajando a un pasado poco agradable de visitar.

—Aquel mamón hizo mucho daño. Se llevó por delante a un par de buenos amigos, y dejó marcados a tíos que valían cien veces más que él.

—Bueno, Séneca, coño —le digo al ver que el viejo empieza a ponerse sentimental—. No vaya a darte ahora la pena, ¿no?

—No, hombre. El pasado, pasado está, y allí se queden los que se fueron. Pon otra ronda por aquí, anda, invito yo.

—Eso está hecho.

—Gracias, Séneca —dice el Largo dándole un manotazo en la espalda.

—¡Qué grande eres! —lo jalea el Chispas.

Pero el viejo sigue sumido en los recuerdos. Y así sigue por un rato, hasta que pongo las bebidas.

—¿Sabéis una cosa? —dice antes de dar un trago—. Que al pensar en él, me doy cuenta de que el Urtain se parecía un huevo al Charlbronson. Pegaba las mismas mascás el hijoputa, y hasta tenía ese bigote, como el de un picoletto, bajo el hocico roto de boxeador.

—Pues menudo cabrón —dice el chaval desde el extremo en el que está.

Volvemos a tirar de coreografía y bebemos a la vez. Esta vez yo también me apunto. Vuelve a importarme el silencio por un instante. Sabina le canta a la más señora de todas las putas, que es también la más puta de todas las señoras.

—¿Sabéis lo que os digo? —dice el Séneca sin desviar la mirada del pasado— Que el Charlbronson y esos dos que os gustan, todos unos cabrones.

FINALISTA

El otro camino Laura Massolo

En vez de mirarlo mientras enjuaga la sangre que le mancha las manos, y darme vuelta, y desaparecer de los lavabos del quirófano, y cerrar de un golpe la puerta, me quedo junto a él.

Huelo el jabón, veo cómo se vuelve transparente el agua morada. Me dice su nombre, le digo el mío.

Tal vez, nos reímos de algo intrascendente.

En vez de salir, durante días y días, por el costado del hospital para evitar encontrarlo, como si me amenazara un presagio de fiebre, como si me fuera a morir de vergüenza, salgo a la calle al mismo tiempo que él, camino a su lado por la vereda llena de sol. Dejo que me acompañe hasta la estación, lo despido con una sonrisa.

En vez de responderle con monosílabos la primera vez que hablamos, la boca sin saliva, la lengua atrapada en un muro, sostengo su mirada, sin miedo, sin vergüenza, sin evasivas, y le hablo, y que le cuento mi historia, y lo escucho, y escucho su historia.

En vez de rechazar el café con el que me invita esa mañana de lluvia, acepto: entramos corriendo, medio mojados, muertos de risa, en el bar oscuro y sucio de la esquina. Nos miramos por sobre la mesa: una gota de lluvia corre por su frente; muevo mi pelo, que desprende una llovizna minúscula. Olemos el café. Nos olvidamos del frío.

En vez de dibujar mapas erróneos y confundirlo con mi escenario de nubes, en vez de apurar el paso como si no lo oyera cuando me sigue por la calle gritando mi nombre, me detengo, giro, lo espero. Entonces dejo que me bese. Por fin, dejo que me bese. Aunque después me vaya, enseguida, aunque me ponga roja, aunque sienta que el piso se abre bajo mis pies, dejo que me bese. Y tal vez me llevo una especie de galope debajo del rubor.

En vez de cortar el teléfono cuando me llama para preguntarme por qué rechacé otros besos,

en vez de anular de un golpe toda posibilidad de atar el más mínimo lazo, como si no entendiera el idioma en que me habla, atiendo y le respondo, dejo en libertad la intrepidez, clausuro el miedo y el rechazo, concertamos otra cita. Tal vez entonces, en esa cita, es que por fin hacemos el amor.

En vez de pedir que me trasladen a otra unidad para no coincidir en la sala de cirugía, busco todas las maneras posibles de compartir con él mis mañanas.

En vez de decirle que no me interesa nada de lo que me dice y no mirar siquiera el ramo de violetas que trae en las manos aquel día de julio, lo veo llegar y lo abrazo.

En vez de decirle que no me importa que se vaya cuando dice que se va, le digo que me voy con él a demoler todas las distancias.

En vez de mantenerme indiferente al ver que se aleja, corro, me prendo de la manga de su saco azul, le digo que lo quiero; quizá, empiezo a llenar mis valijas.

En vez de llorar tras una puerta mientras se despide de los otros, en vez de sentir el dolor y los humores del dolor inaugurando la renuncia, me despido de los otros porque hemos anunciado que nos vamos juntos.

En vez de mirar el cielo cada vez que pasa un avión en el que presiento que se fue, voy con él sobre las nubes.

En vez de quedarme detenida en la nostalgia cada mañana al despertarme, en vez de darme cuenta de que se ha ido para siempre y tener que confesar que me arrepiento, y sentir que el piso se abrió bajo mis pies, represento junto a él la novedad de otros caminos: nos vamos a otro país, tratamos de acertar con el idioma, nos perdemos entre mapas erróneos, ganamos costumbres en medio del asombro, y las costumbres nos enlazan, y el asombro nos completa.

En vez de la clausura, en vez de sentirme despoblada y sola, en vez de recurrir al olvido porque no hay más remedio, en vez de la rutina de una vida aburrida, sin sobresaltos ni compromisos, veo su cara y su sonrisa cada mañana al despertarme. Caminamos veredas llenas de sol, respiramos un aire limpio, descanso en el sosiego. Y pongo flores en los jarrones, y tenemos hijos, y lo espero en la puerta. Construyo el escenario de una casa tibia con olor a café, a frituras, a caldo de nabos, a violetas en julio.

En vez de recordarlo después de tanto tiempo, en vez de sorprenderme al revivir la nostalgia del pasado, asumo las inevitables insurrecciones de la convivencia. Actúo y aprendo el ejercicio de la tolerancia, el perdón a las pequeñas ofensas, la rutina que teje las horas, el frío que se parece al desgaste, los primeros síntomas del hastío. Ensayo. Pruebo. Aprendo de memoria un libreto denso y repetido. Y me acostumbro a que conteste con evasivas.

En vez intentar buscarlo después de muchos años, ese absurdo, ese galope, esa intrepidez de revolver entre puentes rotos; en vez de encontrarlo, ahora, en plena madurez, y comenzar juntos la risa y el futuro, me veo en aquel otro tiempo, en el intento de levantar un muro capaz de no ceder a la discordia y a los agravios. Y me esfuerzo, y me debilito hasta el absurdo, y percibo el dolor y los humores del dolor mientras las palabras se van convirtiendo en monosílabos, la saliva densa, la lengua turbia. De pronto, igual, me sé despoblada y sola.

Entonces me anuncia que volvemos a nuestra tierra.

Entonces me pregunto por qué no me quedé aquí antes de todo este desgarró, por qué no preferí esperarlo, por qué dejé que se gastaran todos nuestros sueños.

En vez de vivir la dicha del reencuentro, y entonces los besos y la lluvia y el café, en vez de llegar a confesarle que estoy arrepentida de haberlo rechazado en otro tiempo, trato de aplacar la fiebre del rencor y de la desconfianza.

En vez de restituir todas las distancias y armar, juntos, el equipaje para un camino nuevo, descubro, en un saco igual al viejo saco azul, las señales inequívocas del engaño.

Lo veo armando la valija para irse definitivamente de mi vida, como si fuera una escena imaginaria.

Entonces renuncio a todas las esperas, a toda la condescendencia, a toda la resignación. Desato la furia y la violencia y destrozó los últimos lazos que nos quedan.

En vez de enjuagar mis manos manchadas de sangre, supongo, en este último acto, que me doy vuelta, que cierro la puerta de un golpe, que salgo a la calle.

Y en mi teatro imaginario, y con todas mis fuerzas, intento convencerme de que hemos vivido otra realidad, que la realidad no es ésta, que todo fue ficticio, que jamás nos fuimos juntos, y que ahora él me persigue gritando mi nombre mientras apuro el paso y el agua vuelve transparentes mis manos moradas.

Y corro. Corro en la probable búsqueda del otro camino, del que no hicimos, del que hubiera empezado cerrando la puerta que nunca cerré, de aquel otro camino que debí haber elegido en lugar de éste, desde aquí mismo, hace años, cuando me preguntó mi nombre, cuando le dije el mío.

Pero en vez de alejarme, me quedo arrodillada junto a él, paralizada, comprobando que ya no respira, rogando que la pesadilla termine, esperando que vengan a buscarme, que se cierre el telón, que las sirenas que ahora llenan todo el aire se callen de una vez por todas y que alguien, por fin, en este camino innegable y tormentoso, encadene mis manos y mis pasos para siempre.

Ese nombre *Enrique Ferrari*

Se pierde, porque cualquier movida que uno haga es mala. Se pierde, no por lo que hizo el contrario, sino por lo que uno está obligado a hacer.

R. W.

Ramón elogia mi coraje. Como buen irlandés, dice. Es un hombre encorvado y casi calvo, al que le falta un ojo; un viejo. Yo también. Soy, de alguna manera, un profesor de inglés jubilado que vive en San Vicente y se acerca una o dos veces por semana a la plaza del pueblo a jugar o ver jugar al ajedrez.

Un mate, propone. Yo cebo. Yo sé quién es usted, vuelvo a decir.

Ceba el mate con cuidado mientras me dice, como casualmente, mira tú, che. También dice que tengo suerte: que el no está seguro de saber quién es. No subraya nada, solamente lo deja establecido.

Entre los árboles que rodean la plaza se puede ver el cielo grisáceo, las luces pálidas de este mediodía de otoño. Desde acá es fácil amar, siquiera momentáneamente, a San Vicente. Y es una forma inconcebible de amor lo que nos ha reunido.

Así que me tomo un mate largo. Ceba bien usted, Ramón, para ser alguien que mezcla el tuteo en su vocabulario, le digo.

Sonríe. Casi no le quedan dientes pero es su sonrisa, la sonrisa de las fotos de Salas: en el corte voluntario de caña, aquella otra detrás del tabaco. Está más viejo —mucho más viejo que yo aunque haya nacido un año después— pelado, le falta un ojo, pero no me quedan dudas: es él.

¿Y cómo sabe quién soy?, me pregunta, la bombilla ahora en su boca desdentada.

Usted no se acuerda de mí, digo, pero nos conocimos allá, en la Isla. Pienso que no puede reconocermelo: yo también estoy disfrazado de viejo, un viejo profesor de inglés jubilado.

Yo era gente de Segundo, agregó.

Pienso que lo soy todavía, que siempre seré uno de los hombres de Segundo.

Segundo, repite como si bostezase, como si la voz fuera la sombra de una sombra, como si en la sola sonoridad de la palabra estuviese implicada toda la historia: la subida a la sierra, los mates compartidos y las charlas, el regreso y las cintas perdidas y la vuelta. También después el triunfo, y entonces yo, los días afiebrados del teletipo y los corresponsales. Hasta el final, sin sombra ni huesos, en algún lugar del monte salteño.

Segundo, decimos los dos o uno de los dos. Toma mate con ira, con tristeza, sin remordimiento.

¿Cómo sabés quién soy, que no me dijiste?, vuelve a preguntar.

Porque tú supones que yo soy uno de los tipos que a veces creo ser, explica, pero mis recuerdos son confusos. Hay también allá, acá, gritos, una celda oscura, preguntas, golpes, una escuela de provincias.

Acá, allá, repite anulando de golpe la distancia, regresando o no partiendo nunca, clavado a esa Isla que no es esta plaza, no es el mate largo y espumoso que ceba.

No le digo que podría reconocerlo en cualquier lado, aunque esté avejentado, aunque los años que estuvo guardado vaya uno a saber dónde y que lo convirtieron en este anciano tembloroso con vaya uno a saber qué formas de tortura, lo disimulen bastante. Enumero, en cambio, mis sospechas: el arco sobre las cejas, el nombre, las extrañezas de su acento que es argentino pero también.

Vuelve a sonreír: y si no se ofenden las ilustrísimas señorías de Latinoamérica, dice o yo creo que dice.

¿Jugamos?, pregunta después. Tú conoces más o menos bien este juego, ¿no?, concede.

Pienso que fundé mis sospechas también en su estilo ajedrecístico. Algo me hablaba en su juego. La forma de lanzarse, la disolución de los límites entre ataque y defensa. Recuerdo que recordé: *no existen líneas de fuego determinadas, las líneas de fuego son algo más o menos teórico*. Y también: tablas contra Filip en el Ministerio de Industria en el '62 y contra Najdorf el mismo año; victoria frente a Ortega en el '61, en 21 movidas. Todo parecía coincidir. ¿O es mi mente que quiere ver el fantasma de ese nombre recorriendo esta Buenos Aires que sólo se emociona con las gambetas del pibito que debutó el año pasado en Argentinos y los goles electrizantes de Leopoldo Jacinto Luque?

Más o menos, respondo. Y abro con Cf3.

Él juega d5. Pregunta por sus manos: qué creo que hay bajo los guantes, qué creo que le pasó a sus manos.

Yo tengo sospechas, dice, recuerdos que no sé si son tales.

También eso, digo. e3.

Los movimientos torpes, robóticos, me dan a entender alguna clase de prótesis mecánica. Digo que para justificarse la Agencia tiene que haberle cortado las manos.

La Agencia, me interrumpe y mueve mecánicamente la mano —el guante de cuero marrón, gastado— hasta el tablero. Juega e6.

Ojala yo estuviera tan seguro, pero algo se jodió en la relojería, dice y se golpea dos veces la cabeza.

Sí —d4— pero piense: ya estamos a fines de marzo y nunca lo vi sin guantes, Ramón.

Fines de marzo. 25. Pienso que ya pasó un año. Un año. Y casi siete meses desde que Vicky se fue. Aprieto las tres copias de la Carta en mi bolsillo. Recuerdo a la compañera que tengo que ir a buscar, la cita posiblemente envenenada. Aprieto también el revolver en mi cintura.

Lo que no entiendo es cómo está usted acá, digo.

Puedo imaginarme pero, agregó.

Sí, sí, le dice más al mate o al tablero que a mí, la mirada del único ojo perdida de pronto.

Juega Cf6.

No niega nada. También eso entonces. Ramón tiene una mueca de fierro en la cara nocturna, dolorida.

Un Ford verde para en la esquina de la plaza. Los dos lo miramos y en nuestros ojos se debaten la neutralidad y el odio. Juego Ad3. Sabemos, pienso, que no es para nosotros, que no puede ser para nosotros, que cuando llegue el Ford que nos está destinado no nos va a dar tiempo de mucho. Pienso en Paco aceptando ir regalado a Mendoza con la pastilla lista, en Juan que quizá no llegue a irse por el río, de nuevo en Vicky —el camión, la Halcón y la risa en la terraza, en su elección—, pienso en el ridículo 22 que tengo en la cintura y que sólo garantiza que, si tiro a tiempo, no me agarren vivo. No digo nada.

Él: g6. Yo: 0-0

Mirá a tu alrededor, dice mientras el único ojo que le queda en la cara se le extravía hacia afuera, ¿tú crees que si soy quien tú imaginás que soy sirve para algo decirlo ahora, acá?

Mirá, repite. Señala con la quijada el baúl del Ford que se aleja.

¿Y si no es?, me pregunto, ¿Y si no es más que un viejo maltratado, con algunos tornillos flojos, un acento extrañísimo y un vago parecido con ese otro al que no quiero dar por muerto?, ¿y si yo también estoy perdiendo el sentido de realidad?

Parece que me escucha.

Si soy, y te juro que no lo sé si, dice, ¿no sirvo más muerto?

Juega Ag7.

Muerto, pienso. Comparo al muerto heroico con este viejo desdentado, tuerto, un poco loco que juega al ajedrez con guantes de cuero marrón. Disipo la comparación agitando la cabeza. Juego b3.

¿El Gigante sabrá?, intento. Se ríe.

Ni tantito así, dice con todo y el gesto.

Hay que escribirlo, entonces. Publicarlo.

Algún día, si soy quien vos suponés, y yo también, a veces, en ciertas pesadillas.

Ahora, me exaspero porque sé que mi tiempo se acaba.

La guerra es larga, responde sin apuro.

Usted pensaba que había que apurarse.

Sí, pero ya ves. 0-0.

Silencio.

Miro al tablero como a un extraño. Recuerdo la hora, la cita, la compañera sola, desesperada, con dos hijos y sin contactos, a Lila que me espera para tomar el tren.

Juego Ab2, pero enseguida me arrepiento y le ofrezco tablas aunque ya no sea mi turno. Acepta.

Hablo sabiendo que voy a irme con todas las preguntas sin hacer: si no volvemos a vernos, le digo, sepa que fue un gusto haber charlado con usted otra vez.

Claro, claro, me responde como si de pronto hubiera dejado de entender mis palabras. Como si ya no tuvieran, para él, sentido o importancia.

Me alejo un paso y otro. Varios metros. Entonces paro en seco y vuelvo. Todavía está frente al tablero, observando cómo quedaron distribuidas las piezas. Cuando me ve volver juega b6.

Hay que despertarlos, digo, recuerde: *no siempre hay que esperar que se den todas las condiciones*.

Su nombre, pienso, ese nombre. No, dice bajando la voz, no alcanza, no sirve; no así.

No sé si habla conmigo o con el juego. Somos dos viejos en una plaza de un pueblito de la Provincia de Buenos Aires frente a un tablero de ajedrez. Sólo dos viejos. Dos viejos solos. Siento crecer la desesperación y hago un último intento.

¿Cómo, Comandante, cómo?

Levanta el guante de cuero marrón y señala al cielo gris. Yo casi presiento lo que va a decir. Adivino que el movimiento de la mano demarca un espacio de 330 mil kilómetros cuadrados en algún lugar de Asia. Señala, su mano, sonrisas ambiguas, pisadas nocturnas en la selva húmeda, espaldas maternas cargando obuses, una bandera roja flameando sobre Hué bajo una lluvia incesante de napalm; pero también soldados —rubios y negros— soldados gringos en cualquier caso, volviendo a casa dentro de una bolsa de plástico, bajo una bandera de rayas y estrellas; la derrota mayúscula, las grietas que empiezan a abrirse en el mayor imperio que recuerda la humanidad.

Hay que crear uno, dos, tres, dice. Muchos.